O sea se tuvo un concepto holístico, que dio resultados favorables porque en mi caso personal, me afianzó para tomar otro vuelo, y aplicar la teoría del poema en la antropología interpretativa y posterior, que estudié en una de las universidades más emblemáticas del país, la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, a la que llegué después de muchos años de viajes ininterrumpidos.

Esas experiencias, es decir los textos que ese grupo ha escrito, entonces no son resultados simplistas, porque como a mí, a Javier Canzino, José María Gahona, Teófilo Peña Barreto, Carlos Bayona, Oscar Aquino y Raúl Bahamonde, nos fue reuniendo un tácito momento de lo que tenía el país como respuesta de los exterminios de los grupos no alineados que se estaban realizando en los andes, o lo que muchos científicos llaman "el barrido de las etnias". Entonces habría que escribir desde esa vibración, sin embargo, el poema final creo que no salía por las graves razones de ser escritores del margen de todo aquello que tiene acomodo y decoro, porque escribir bajo un sueldo, una pensión y otros instrumentos que alivian la vida material sería lo correcto si en el Perú le diera ese trabajo a sus pensadores y escritores. Por lo tanto, ante esa dificultad, sustento que nosotros no escribimos los poemas, sino que fue al contrario, es decir, el poema nos escribió a nosotros.

Por eso tal vez casi nadie de "el golpe literario" tiene un libro publicado, a excepción de J.M.G, que más que por voluntad propia, fue por el ímpetu de nuestro importante compañero de rutas y de poesía Tomas Ruíz Cruzado; razón por la cual, tal vez en Piura, Canzino, Bahamonde y Peña desean con esta publicación mostrar el lado invicto de ese heroísmo de ser escritores de una generación que sobrevivió al holocausto previo al ingreso de la postmodernidad.

Entonces desde esa deducción, siempre he creído que al poema no se asiste con rituales ni ceremonias, ni se le espera en una esquina, sino que el escritor es de esa circunstancia de la creación y de la realidad in situ, un fotógrafo inmediato y oportuno, que apreta ese botón impresionante de su inteligencia fotográfica para captar lo que sus ojos miran con precisión, y en el instante congelar la realidad para que sirva de memoria.

Así ha surgido el libro "La Soledad de la Piedra", que considero es un libro inicial de una obra que se vendrá decantando con los años; permítanme hacer otro paréntesis: respecto a que los pseudo dueños de la verdad dicen que existe una edad, un tiempo y un espacio para la producción literaria, o una bastedad de textos creados para definir a un creador. NO. Pienso más bien que en <EL Golpe> las cosas fueron de otra manera, puesto que la literatura y el arte, el poema y su desarrollo no son partes de una industria que esquiva el concepto del arte y de la creación. Desde allí, he ido comprendiendo que "no hay apuro"; o será tal vez que nos estamos pareciendo –sin proponernos— a la vida de J.M. Arguedas que en su obra pronuncia como queja y redención el futuro de todos los peruanos, a tal punto que el libro total, es decir el hombre y su palabra, culmina cuando el autor de todas las sangres, etc. se suicida como parte de esa obra monumental que es la literatura arguediana; la misma estremece después a los que lo leyeron y conocieron, y que acaso comprenden ni el uno por ciento de ese mensaje que el escritor al morir nos deja.

Entonces los escritores asumen su trabajo porque tienen que darnos un mensaje y ese objetivo lo han tenido estos muchachos que luego han ido desperdigándose por todo el país, cansados quizá de que se les llame poetas en un contexto de ciudad muy inculto como Piura que ahora, según me entero por las noticias diarias, tiene bandas de asaltantes por teléfono que son los mismos que custodian a los políticos que cada vez nos piden que votemos por ello para que nos gobiernen.

Ese drama seguro ha hecho pensar a Javier Canzino, a Raúl Bahamonde y a Teófilo Peña Barreto que reuniéndose como lo hacíamos los que ya no vivimos en Piura, ahora reaparecen para decirle a quienes se creen escritores, poetas y artistas, que la literatura es cosa seria y una lucha constante por salir hacia un día de intensa luz, de granos que le sirvan al hombre para reconstruirse.

<La Soledad de la Piedra>, nace entonces así, desde ese trabajo de etnografía, de la convivencia con los comuneros de Ayacucho, fundamentalmente con los que el Estado les llama "Víctimas de la Violencia". Ellos son los que se han mostrado ante mi lente; y de allí he retratado. Lo que me parece valioso del libro es que no se ha retratado el cuerpo físico que es la apariencia, sino el cuerpo del dolor.

Es ese dolor el que cada vez que entrevistaba sobre el contexto de la guerra interna, se apoderaba de mi silencio en el viaje de retorno hacia una aldeíta sumergida, que apenas tenía luces de mercurio que parecían candelabros. Noches tristes y acompañadas por cantos de grillos y vértigos de lluvias sobre las hojas de los follajes silvestres de las punas, truenos rodando por las abras y las piedras gigantes de las montañas, cantos de ebrios que al salir de las fiestas